

MALAMANDRA



MALAMANDRA



**THOMAS
TAYLOR**

TRADUCCIÓN DE GERARDO PIÑA

loqueleg®



MALAMANDRA

Título original: *Malamander*

© del texto y de las ilustraciones internas: Thomas Taylor, 2019
Publicado de acuerdo con Walker Books Limited, London SE11 5HJ.

© de la ilustración de cubierta: Tom Booth, 2019

Reproducido con permiso del Walker Books Ltd., London SE11 5HJ

www.walker.com.UK

© de la traducción: Gerardo Piña, 2019

© de esta edición:

Editorial Santillana, S. A. de C. V., 2019

Av. Río Mixcoac 274, piso 4, Col. Acacias

03240, México, Ciudad de México

Distribuidora y Editora Richmond S.A., 2019

Carrera 11A # 98-50, oficina 501

Teléfono: 571 705 7777

Bogotá, Colombia

Primera edición: diciembre de 2019

Segunda reimpresión: abril de 2022

ISBN: 978-958-54-4469-0

Impreso en Colombia por

Editorial Nomos S.A.

Reservados todos los derechos conforme a la ley. El contenido y los diseños íntegros de este libro se encuentran protegidos por las Leyes de Propiedad Intelectual. La adquisición de esta obra autoriza únicamente su uso de forma particular y con carácter doméstico. Queda prohibida su reproducción, transformación, distribución y/o transmisión, ya sea de forma total o parcial, a través de cualquier forma y/o cualquier medio conocido o por conocer, con fines distintos al autorizado.

www.loquelego.com/co



Para Celia — • T. T.







PUERTO ENCANTADO

El dique del puerto

NIEBLA DEL MAR

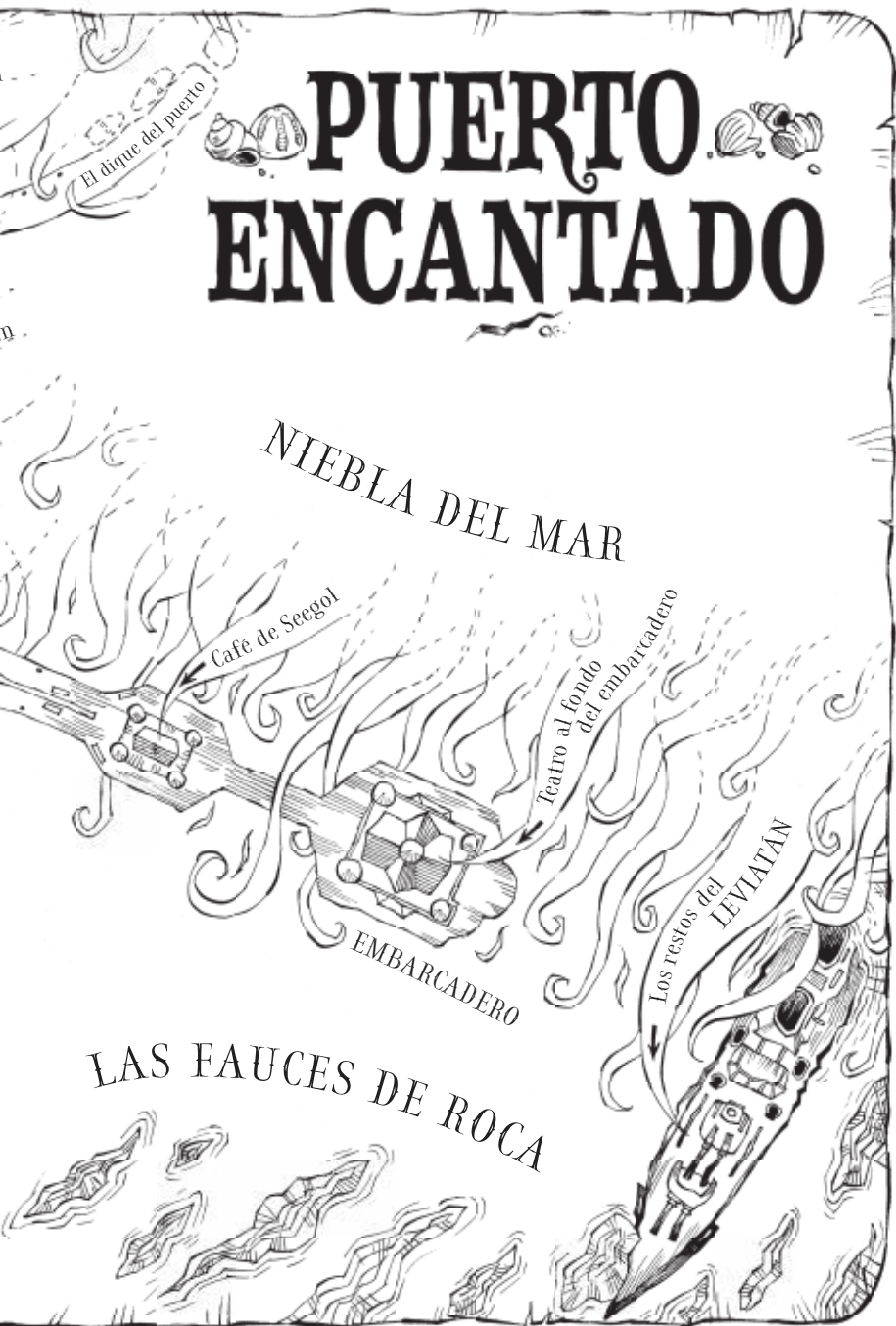
Café de Seegol

Teatro al fondo
del embarcadero

EMBARCADERO

Los restos del
LEVIATÁN

LAS FAUCES DE ROCA





PUERTO ENCANTADO

TAL VEZ HAS ESTADO EN PUERTO ENCANTADO sin saberlo siquiera.

Debió ser en el verano cuando viniste. Había helados y sillas de playa y una gaviota que picoteaba tus papitas. Probablemente te pusiste a merodear entre los charcos que forman las rocas acompañado de tu mamá, mientras tu papá buscaba una concha marina especial. ¿Te acuerdas? Y te apuesto a que al subirte al coche, cuando ibas de regreso a casa, levantaste la mirada y leíste, sobre el embarcadero, las palabras “Puerto Encantador” escritas con letras de bombillos, y te dispusiste a olvidar todo lo que hiciste ese día junto al mar.

Es ese tipo de lugar.

En el verano.

Pero deberías tratar de venir cuando llegan las primeras tormentas de invierno y entonces la letra “r” que está al final de la palabra “Encantador” sale volando por el muelle, como ocurre cada noviembre. Cuando la niebla marina se dispersa por las calles como tentáculos enormes y una brisa de agua de mar golpetea en las ventanas del Hotel Gran Nautilus. Muy poca gente visita Puerto Encantado en esa temporada. Hasta los que viven en la zona se alejan de la playa cuando oscurece y el viento aúlla entre Las Fauces de Roca y los restos del acorazado Leviatán, donde aún hoy algunos juran haber visto arrastrarse a la pegajosa malamandra.

Aunque seguramente tú no crees en la malamandra. Piensas que un ser mitad humano y mitad pez no puede ser real. Y está bien. Quédate con tu helado y tus sillas de playa. De todas maneras, este relato quizá no sea para ti. Es más, hazte un favor y deja de leer en este momento: cierra este libro y guárdalo en una vieja caja de lata; amárrala con una cadena pesada y arrójala por el muelle. Olvida que alguna vez oíste hablar de Puerto Encantado. Regresa a tu vida normal: crece, cástate y forma una familia. Y cuando tus hijos ya caminen, también llévatelos a dar una vuelta por la playa. En verano, desde luego. Den un

paseo y busca una concha marina para ti. Agáchate a recogerla, entonces, notarás que está pegada a algo...

Está pegada a una lata vieja.

Le han arrancado el candado y ya no tiene cadena. ¿Puede hacer eso el mar? Destapas la lata y encuentras...

...que está vacía.

Nada salvo lapas y algas marinas y algo más. Algo como... *¿lodo?*

Escuchas un sonido detrás de ti; un sonido como de pisadas que se acercan. Como de pisadas resbalosas y pegajosas *que se acercan*.

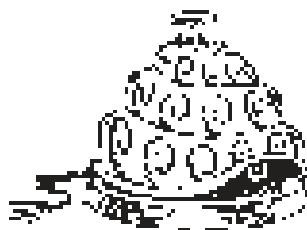
Te das vuelta.

¿Qué ves?

¿De verdad?

Bueno, después de todo, quizás este relato sí sea para ti.





EL HOTEL GRAN NAUTILUS

POR CIERTO, ME LLAMO HERBERT LEMON, pero casi todos me dicen Herbie. Soy el Encargado de los Objetos Perdidos del Hotel Gran Nautilus, como puedes ver en mi gorra. Alguien me dijo alguna vez que la mayoría de los hoteles no tienen un encargado de objetos perdidos, pero eso no puede ser. ¿Qué hacen con todo lo que se pierde? ¿Y cómo recuperan sus cosas las personas que han perdido algo?

Supongo que soy algo joven para un trabajo tan importante, pero la propia Lady Kraken, la dueña del hotel, me dio este puesto. Ni siquiera el señor Molusco, el gerente del hotel, pudo evitarlo. Le gustaría, sin duda, porque odia todo aquello del hotel que no esté relacionado con

hacer dinero. Si él se saliera con la suya, la Oficina de los Objetos Perdidos ya habría cerrado desde el momento en que a él lo ascendieron a gerente, y mi pequeño cubículo en el vestíbulo de la recepción ya estaría tapiado para siempre. Y si eso hubiera ocurrido, nunca habría conocido a la niña.

La niña que llegó casi arrastrándose hasta mi ventana.

La niña que me dijo:

—¡Escóndeme!



—¡Escóndeme!

La veo de arriba abajo; bueno, más de la parte de arriba porque se queda atorada con el seguro de la ventana, y es que las ventanas del sótano están cerca del techo. Si es una ladrona, no es muy buena que digamos.

—¡Por favor!

La ayudo a zafarse, aunque eso implica que por poco me aplaste cuando caiga hacia dentro. Está nevando, así que también un montón de nieve entra por la ventana.

Nos ponemos de pie y quedo frente a ella: una niña que viste un suéter muy desgastado y un gorro hecho de lana con una borla por el que se asoma una masa de cabello. Parece que está a punto de hablar, pero se calla

en el momento en que escucha unas voces, cada vez más fuertes, en la parte de arriba; unas fuertes voces que se acercan cada vez más. La niña abre los ojos con mucho temor.

—¡Métete aquí! —le digo en un susurro y la acerco a un baúl enorme que ha estado en la Oficina de los Objetos Perdidos desde hace décadas, sin nadie que lo reclame. Antes de que pueda decirme algo, la meto en el baúl y cierro la tapa.

Entonces las voces ya se escuchan en mi cubículo: la voz aduladora y chillona del señor Molusco cada vez que debe tratar con alguien difícil. Tomo algunas maletas, paraguas y cosas, y las dejo encima del baúl con la esperanza de que parezca que todo eso lleva años ahí. Y entonces el timbre del mostrador, el que la gente toca cuando quiere mi atención, comienza a sonar como loco *ting-ting-ting*. Me enderezó la gorra, subo corriendo las escaleras hasta mi cubículo y pongo mi cara de ¿en-qué-puedo-ayudarle?, como si no hubiera pasado nada extraño.

La primera persona que veo es el señor Molusco, quien intenta aplacarse el cabello sobre la calva.

—Estoy seguro de que es un malentendido —dice re-soplando—. Si me permite investigar...

La persona con quien está hablando no se parece a nadie que yo haya visto jamás; es un hombre que trae un largo abrigo de marinero color negro, empapado. Sobresale del escritorio como un monolito con joroba; su cara parece un peñasco sombrío, y sus ojos se ocultan debajo de la visera de una gorra de capitán casi deshecha. Golpea el timbre con un dedo tan firme como si lo estuviera apuñalando con un cuchillo. Se detiene cuando llego y se inclina aún más, cubriéndome con su sombra.

—¿Dónde? —dice con una voz que suena como cuando chocas dos piedras de granito mojadas—. La niña. ¿Dónde?

—Ejem... —carraspeo, mientras preparo mi voz más elegante, la que el señor Molusco espera que utilice con los huéspedes—. ¿A qué persona se refiere, señor?

La boca del hombre, que tiene forma de una ancha “V” invertida en esa barba amarillenta y empapada, se abre con un silbido. Veo que tiene algas marinas en la barba y también en los botones opacos de latón. Huele como cuando algo malo está por suceder.

—¿DÓNDE?

Trago saliva. Bueno, no puedo ayudarlo, ¿o sí? Tan sólo soy el Encargado de los Objetos Perdidos. No estoy preparado para esto.

—Mi estimado señor —se escucha la voz del señor Molusco—, estoy seguro de que podemos arreglar este asunto. ¿Qué fue exactamente lo que perdió?

El hombre se aleja un poco de mi pequeño cubículo y se le acerca, imponente, al señor Molusco. Saca la mano derecha del abrigo, que hasta ese momento había permanecido escondida. El señor Molusco se hace para atrás en cuanto ve que donde debería estar la mano de aquel hombre hay un gran garfio de hierro con la punta afilada y brillante.

—La niña —dice el hombre.

Algo que le reconozco al viejo Molusco es que sabe elegir sus batallas. En este caso, como no hay manera de que pueda derrotar a este intruso descomunal, decide unirse a su causa. Me voltea a ver.

—¡Herbert Lemon! ¿Tienes a una niña escondida ahí?

Ahora las siluetas de *ambos* se alzan sobre mí.

Niego con la cabeza. Mi cara de ¿en-qué-puedo-ayudarle? se disuelve, así que en su lugar pongo cara de inocente.

—No —digo y me sale la voz chillona; me choca cuando me pasa eso—. No hay ninguna niña escondida aquí. Ninguna.

Y justo en ese momento se escucha un golpe sordo en el sótano, detrás de mí. Suena exactamente como si alguien escondido dentro de un baúl se hubiera movido para acomodarse.

Ups.

El marinero barbudo abre la boca en señal de triunfo y sus ojos brillan debajo de su gorra. Abre de un jalón la puerta de mi cubículo y me empuja contra la pared mientras se abre paso. Baja las escaleras, por las que apenas cabe, y llena el túnel con su cuerpo; encorva la espalda aún más a medida que el techo se hace cada vez más bajo.

Me apresuro a ir detrás de él. No lo hago por valentía, por cierto, sino porque simplemente no sé qué hacer.

El marinero está de pie en el centro de la habitación, ocupando todo el espacio. Veo que mira la mancha de nieve derretida debajo de la ventana del sótano. Veo que sigue con la mirada las huellas que se dirigen justo hacia el baúl. Las bolsas y los paraguas que le había puesto encima ya se cayeron. Muy bien podría haber ahí un letrero que dijera: ¡YUJUUU! ¡LA NIÑA ESTÁ AQUÍ ADENTRO!

El señor Molusco baja rápido las escaleras para unirse a la comitiva, alcanza a ver todo esto, y se pone rojo del coraje.

—¡Herbert Lemon! ¡Debería de...!

Pero no alcanzo a escuchar qué debería de hacer, porque a continuación el marinero-que-tiene-un-garfio-en-lugar-de-mano levanta el brazo y lo baja para dar un golpe tremendo, y su garfio se entierra en la tapa del baúl. Lo arranca y vuelve a golpear una y otra vez. La tapa se rompe y se hunde con cada golpe y sale volando una lluvia de astillas de madera. El baúl comienza a desintegrarse. El hombre se vale de su mano buena para quitar lo que queda y mostrar que adentro...

¡...no había nada!

Bueno, no exactamente. Hay una araña muy sorprendida entre los restos. Y un gorro de lana con una borla. Veo cómo la araña sale disparada y a mí me gustaría poder hacer lo mismo. Ahora lo único que queda a la vista es el gorro. Sin ninguna duda se trata del gorro que traía puesto la niña. Pero de ella no hay ni rastro.

Con un movimiento lento y calculado, el Hombre del garfio ensarta el sombrero y voltea hacia mí mostrándomelo; su cara es como un nubarrón. De algún modo encuentro la valentía para que mi voz no salga chillona mientras estiro la mano y con mucho cuidado tomo el gorro.